

India, Pakistán y la cuestión de Cachemira

Bernat Masferrer

Profesor de Geopolítica India-Pakistán en el Máster de Estudios de Asia-Pacífico, Universidad de Barcelona

Resumen

Existen pocos lugares en el mundo que desafíen los manuales de resolución de conflictos como lo hace Cachemira. Si además, cuando se propicia un deshielo las partes implicadas incumplen reiteradamente las principales premisas del trato, la situación se encalla y las perspectivas de una paz duradera vuelven a peligrar. Esto es lo que sucede en estos momentos en el subcontinente indio donde, después de dos años, India y Pakistán siguen encarando el proceso de paz con objetivos completamente diferentes. Para India, lo primero es el final del terrorismo. Para Pakistán, la negociación de futuros alternativos para Cachemira. Una nula capacidad de transigir debilita la profundidad y el alcance de todos los diálogos paralelos que sostienen India y Pakistán sobre múltiples temas, y condiciona la supervivencia del proceso de paz a la observancia de las exigencias mutuas sobre el conflicto político de fondo.

La relación indo-pakistaní en el 2005

La interacción indo-pakistaní se caracterizó durante la mayor parte del año por un gran concurso de titulares periodísticos que, en los mejores casos, maximizaban tanto los acuerdos de mínimos para seguir negociando diferentes disputas secundarias como la tímida implementación de Medidas de Creación de Confianza (CBMs) que, sin embargo, consiguieron mantener, en ambos lados, las expectativas acerca del desarrollo del diálogo. Examinadas separadamente, estas conversaciones, tanto las que a primera vista parecen ser independientes a la cuestión central de Cachemira como las que se concentran en la región problemática, parecen tener un mismo patrón de negociación en el que se suceden un sinfín de cumbres al más alto nivel, reuniones de las diferentes comisiones y subcomisiones designadas y una vuelta a empezar centrada en las objeciones de cada parte que, en medio de acusaciones mutuas de falta de voluntad para resolver los problemas, eterniza el proceso de tomas de decisión hasta niveles exasperantes. Así se desarrollaron los

encuentros bilaterales para tratar, con desenlaces dispares, la desmilitarización del glaciar de Siachen, el problema fronterizo de la marisma de Sir Creek, en el extremo limitrofe meridional que separa el Gujarat indio con el Sindh pakistaní, el intercambio de presos, los pasos hacia una mayor integración económica o la apertura de nuevas líneas de comunicación transfronteriza. Pero ningún caso ilustra mejor esta tendencia que el tema, a simple vista sencillo, de la reapertura de los respectivos consulados en Mumbai y Karachi, cuyo acuerdo se publicitaba en abril de 2005 para permanecer aplazado indefinidamente en enero de 2006. A esta falta de progreso tangible, se le tiene que sumar el cruce de declaraciones periódico que combinan optimistas llamadas a la esperanza (o gestos, como la visita de Musharraf a India o la renuncia de Delhi a celebrar el sexto aniversario de la victoria sobre Pakistán en la guerra de Kargil) con subidas de tono explícitamente intimidatorias (Musharraf, por ejemplo, fue capaz, en menos de un mes, de pasar de la amenaza de un "nuevo Kargil" a tildar de irreversible el proceso de paz) y la propensión a meter el dedo en las peores llagas respectivas: Pakistán haciendo piña con el rey Gyanendra de Nepal a favor de la admisión de China en la Asociación de Cooperación Regional de Asia del Sur (SAARC) e India reclamando la persecución internacional del doctor A.Q. Khan, el padre de la "bomba islámica pakistaní", responsable de vender secretos nucleares a varios países. En esta línea, los mortíferos atentados del 31 de octubre en Delhi que causaron la muerte a 60 personas, supusieron una nueva espiral de aprensión y acusaciones veladas que significó la estocada final a toda posibilidad de transformar la tragedia del devastador terremoto acontecido dos semanas antes en

"A esta falta de progreso tangible [en las relaciones entre India y Pakistán], se le tiene que sumar el cruce de declaraciones periódico que combinan optimistas llamadas a la esperanza (...) con subidas de tono explícitamente intimidatorias (...) y la propensión a meter el dedo en las peores llagas respectivas"

una oportunidad para que la diplomacia recortara un poco de distancia al rencor y las suspicacias mutuas. Una profunda desconfianza, que todo sea dicho, ya había impedido durante los días posteriores al temblor de tierra una mayor colaboración entre los dos ejércitos en las tareas de asistencia a las víc-

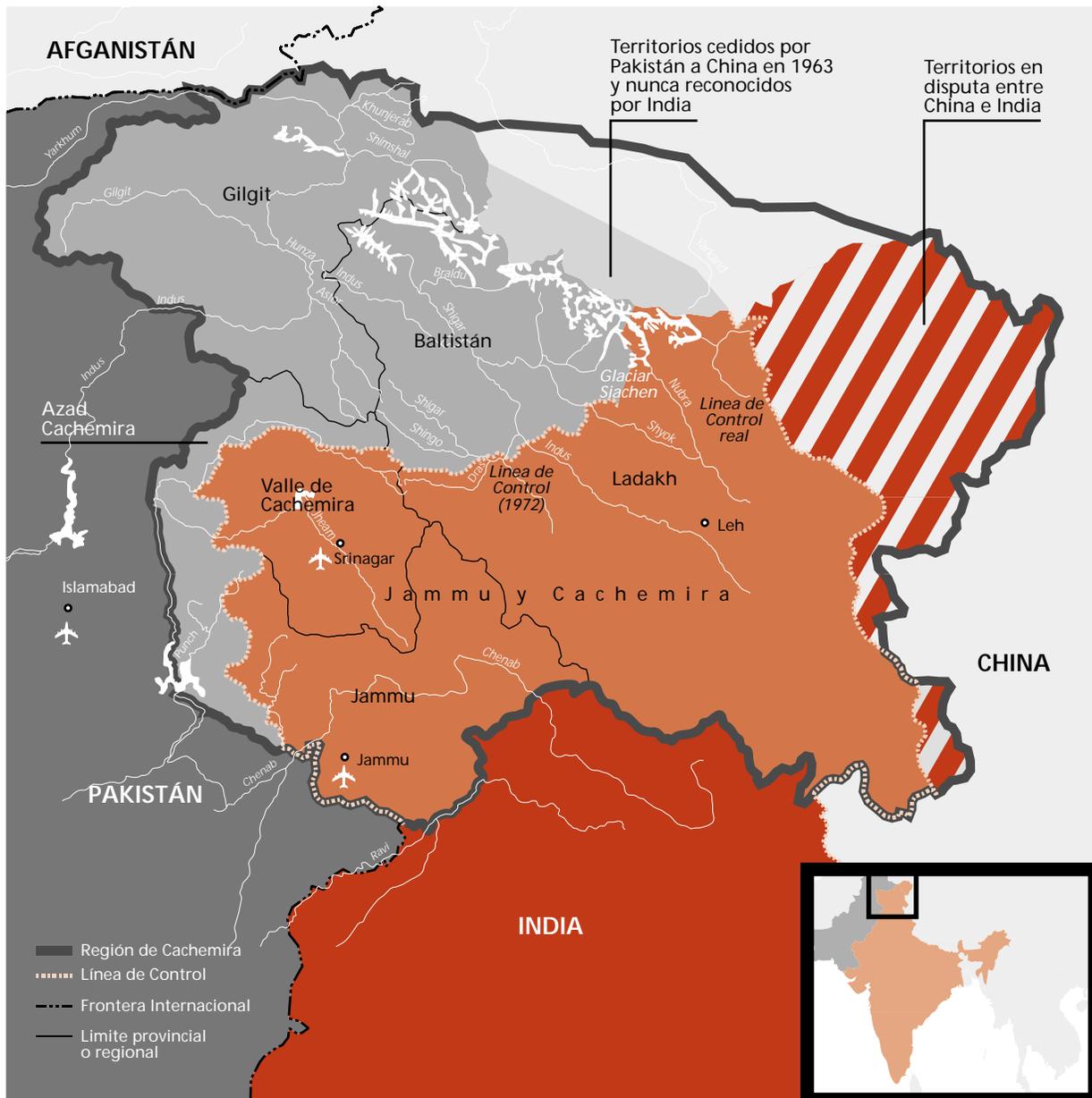
timas. Los atentados, en definitiva, se erigieron en el punto de inflexión clave del 2005, mandando a ambas partes a atrincherarse de nuevo en sus alejadas posiciones iniciales; mientras que Musharraf intensificaba su campaña para des-

militarizar y conferir autogobierno a la totalidad de Cachemira (un plan muy vago e inviable actualmente que no ha cesado de repetir en lo que llevamos de 2006), India respondía que la persistencia del terrorismo descartaba tal solución en estos momentos.

Donde sí que existió un consenso positivo entre Delhi e Islamabad es en el proyecto del gasoducto Irán-Pakistán-India. Aunque la operación está aún en una fase inicial, la determinación a entenderse que las dos partes exhibieron

sobre todo a partir de la segunda mitad del año (en la primera, India no se resignaba a renunciar a las opciones de Myanmar y Bangladesh), incluso planteando alternativas para sortear hipotéticas sanciones de EEUU o la ONU hacia Irán sobre la cuestión nuclear, convierten al gasoducto en una de las únicas bazas sólidas para el optimismo sobre la paz en la región. El proyecto, de 7 billones de dólares, ofrece beneficios en todas direcciones; para India sería la manera más económica (y también más ecológica) de hacerse con gas natural del Golfo Pérsico para socorrer la producción

MAPA 1. Cachemira en conflicto



Elaboración propia. Fuente: Naciones Unidas

doméstica que, como recordó en el parlamento el ministro del Petróleo indio Mani Shankar Aiyar, “en veinte años no podrá satisfacer ni la mitad de la demanda nacional”. Pakistán, por su parte, se llevaría probablemente unos 700 millones de dólares al año en impuestos de tránsito además de proporcionar puestos de trabajo para las descontentas provincias de Baluchistán y Sindh. Pero por encima de todo, Pakistán pasaría a controlar el grifo del gas indio, la contramedida ideal para asegurarse el pleno suministro de agua que fluye desde la Cachemira controlada por India y que, aunque garantizado por el Tratado del Agua del Indo (IWT) de 1960 sobre los tres ríos de la cuenca superior del Indo (el Chennab, el Jhelum y el Indo), ahora se cree amenazado con la edificación por parte de Delhi en los últimos años de un sistema de presas para producir energía hidroeléctrica. Pakistán ha presentado objeciones sobre tres proyectos concretos y ambas partes han mantenido conversaciones de carácter técnico (altura de la presa, megavatios producidos, etc.), ya que teóricamente el IWT, patrocinado por el Banco Mundial, permite tales construcciones. El embalse de Baglihar es el que ha levantado más ampollas; Pakistán advirtió, literalmente, que tenía el potencial de descarrilar el proceso de paz, e India aprovechó la situación para acusar al régimen de Musharraf de no preocuparse por el bienestar de los cachemires. El desprendimiento de dos túneles de la presa en dos incidentes separados en los meses de julio y agosto, y que provocaron alertas de inundación en algunas zonas al otro lado de la frontera, alimentaron aún más el discurso de la “bomba de agua” en Pakistán; bomba por exceso o, sobre todo, por una hipotética privación. La presa de Baglihar está actualmente en manos de una comisión de expertos del Banco Mundial y pendiente de arbitraje.

Mucho diálogo y pocos acuerdos

El glaciar de Siachen, en el Karakorum, justo al sur de la provincia china de Sinkiang, presenta un litigio de índole semi-legal enclaustrado en las divergentes interpretaciones de la declaración de Shimla de 1972 –texto que selló el fin de las hostilidades en la tercera guerra indo-pakistaní y que actualizó la Línea de Alto al Fuego (CFL) estipulada en el acuerdo de Karachi de 1949 renombrándola Línea de Control (LoC, por sus siglas en inglés)– que en un lenguaje ambiguo señala la dirección que debe seguir la LoC a su llegada al glaciar. La línea nunca fue demarcada sobre el terreno por causa de las extremas condiciones climatológicas. Su teórico significado estratégico, que radica en su situación de linde geográfico entre India, Pakistán y China (aunque hay quien en India ridiculiza tal valor describiendo el contencioso como “la pelea de dos hombres calvos por un peine”), fue el motivo subyacente de la ocupación de buena parte del mismo por Indira Gandhi –comandando la etapa más belicosa de la India moderna– en 1984; acción que suscitó una previsible

respuesta militar pakistaní. La situación en el campo de batalla más elevado del mundo (los puntos más altos superan los 7000 metros) no ha variado desde entonces, con esporádicos intercambios de artillería y la muerte de unos mil soldados, la mayoría congelados. La llamada en el mes de junio del primer ministro indio Manmohan Singh a convertir Siachen en una “montaña de paz” pero sin redibujar las fronteras establecidas, no fue bien recibida en Islamabad, que exige a India que evacue del glaciar a sus tropas hasta las posiciones de antes de 1984. Opciones antagónicas que siguen evidenciando visiones conflictuales del territorio y la legalidad (tendencia extrapolable a la globalidad de las relaciones entre India y Pakistán), y que neutralizan cualquier esperanza de desmilitarización surgida en 2005.

La discusión sobre la disputa de la marisma de Sir Creek gira alrededor de la delimitación clara y definitiva en el mar de las correspondientes áreas de soberanía puesto que hay indicaciones que la zona podría ser rica en gas. Es importante recordar que, aunque lejos de Cachemira, esta es una zona militarmente sensible: la ocupación pakistaní en 1965 de parte del territorio indio colindante a la marisma fue el prólogo de una ofensiva mayor en Cachemira que condujo a la segunda guerra entre ambos países.

También después de rumores, anuncios y varios aplazamientos, los dos países intercambiaron en diferentes momentos de 2005 centenares de presos, la mayoría pescadores, “en señal de buena voluntad”. Esto no ha impedido, sin embargo, que desde los dos lados se les continuara arresando acusados de faenar ilegalmente en aguas territoriales del país vecino, circunstancia que nos recuerda que, aunque normalmente ignorada, la competencia por la comida puede suponer un irritante potencial en una región superpoblada. Asimismo, el caso de Sarabjit Singh, un agente del servicio secreto indio condenado a muerte en Pakistán acusado de las explosiones registradas en Lahore en 1990, ha pasado a ser un nuevo frente de negociación de primer orden con la intensificación de las peticiones de clemencia desde India y la ratificación de la pena capital por parte del tribunal supremo pakistaní.

La relación económica fue otra esfera ampliamente tratada. Pakistán consideraba que las tarifas aduaneras indias eran excesivamente restrictivas y sus interlocutores perseguían una revisión de las mismas; desde el otro lado se presionaba a Pakistán para que eximiera a India de los impuestos de circulación que impedían un mayor beneficio indio en la reconstrucción de Afganistán. Finalmente, los avances fueron discretos: India concedió la eliminación de las tarifas de importación a una parte de los productos textiles pakistaníes y los dos países acordaron la inminente apertura de filiales bancarias además de plantear futuras líneas de navegación por mar, con el posible reestablecimiento del ferry

Mumbai-Karachi después de 30 años, y aire, con los ojos puestos en la aerolíneas privadas. India también anunció la apertura permanente con fines comerciales del económicamente estratégico paso fronterizo de Atari-Wagah (Punjab), lo que contribuirá a una mayor relación económica entre ambos países que, aún habiendo experimentado un crecimiento firme los dos últimos años, sigue estando por debajo de sus posibilidades reales. Asimismo, la implementación del Acuerdo de Libre de Comercio en Asia Meridional (SAFTA) previsto para el 1 de enero de 2006 y aplazado sin fecha, también quedó irremediamente sujeto a la evolución del diálogo político sin que se divise un final favorable a los intereses de ambos países en las negociaciones sobre las condiciones exactas del tratado.

Como apéndice a esta breve reseña económica, cabe indicar que India, en un gesto muy significativo, contribuyó sustancialmente en la conferencia de donantes organizada para recabar fondos para la reconstrucción de las zonas afectadas por el terremoto de octubre.

Anticipando, pues, que la batalla diplomática decisiva se va a librar en Cachemira, las dos partes parecen haber estimado cuánto pueden ceder en estas disputas menores para dosificar con cuentagotas las “claudicaciones” en un lento juego de mínimo riesgo. La táctica es conocida: cuando en futuras negociaciones las cosas se pongan feas, las concesiones en frentes secundarios del diálogo global se usarán como salidas de crisis y monedas de cambio para acercar posiciones. Sin embargo, valorando los intereses vitales que ambas partes poseen en Cachemira, la duda recae, como veremos más adelante, sobre la posibilidad de que realmente pueda existir una solución política que satisfaga a todos.

El contacto entre personas

Las iniciativas para potenciar el contacto entre las gentes de un lado y otro de la frontera merecen dos apartados aparte. En primer lugar, fuera de Cachemira, el 2005 se saldó con un éxito relativo. Durante todo el año se negoció y se ultimó la puesta a punto de tres vías de comunicación terrestre para que, gradualmente, empezaran a funcionar al largo del 2006; ciertamente decisiones históricas, ya que el tren de KhoKhropar, en el Rajastán indio, a Munabao, en el Sindh pakistaní, llevaba 40 años sin funcionamiento, mientras que las dos rutas de autobús que unirán el Punjab indio con el pakistaní, son una novedad en la historia del subcontinente. India, además de difundir oportunamente que su alto comisionado en Pakistán estaba procesando 14.000 solicitudes de visado al mes (aunque paralelamente excluía a los pakistaníes de su nueva política de otorgar la ciudadanía india a las Personas de Origen Indio –una de las dos categorías de la diáspora– que viven en el extranjero), deci-

dió introducir una nueva política de tramitación inmediata de visados para los menores de 12 años y los mayores de 65 en Atari-Wagah, el mayor paso fronterizo que divide la región de Punjab. No obstante, fueron los partidos de críquet jugados entre India y Pakistán a lo largo del año los que, curiosamente, congregaron un mayor número de gente intentando cruzar la frontera hacia uno u otro lado para animar a su equipo. En cambio, el plan de cooperación cultural diseñado conjuntamente para facilitar los peregrinajes hacia el país vecino, no despertó tanto interés.

Respecto a Cachemira, desde el inicio del proceso de paz existió un consenso general sobre la necesidad de fomentar el contacto entre las personas separadas por la Línea de Control (LoC) como medida para restaurar la confianza de los cachemires, fatigados de no palpar una voluntad franca de sus respectivos gobiernos para entenderse. En este sentido, mientras que la línea de autobús Srinagar-Muzzafarabad inaugurada en abril significó un primer paso en esta dirección, el terremoto de octubre sirvió para impregnar de dramatismo la urgencia para acelerar este tipo de iniciativas; el caso de algunas familias que separadas por una distancia de 5 kilómetros tuvieron que enterarse de la muerte de algunos de sus integrantes por las noticias que recibieron de sus familiares residentes en el Golfo Pérsico lo ilustra muy gráficamente. De esta manera, durante la histórica apertura del primero de los cinco puntos de paso que se habilitarían a lo largo de la LoC en el mes de noviembre para permitir la entrada a la Cachemira pakistaní de ayuda material proveniente de India y propiciar, además, el reencuentro entre los supervivientes a uno y otro lado de la LoC, el ejército y la policía pakistaníes tuvieron que dispersar con gases lacrimógenos y disparos al aire una multitud de miles de personas que querían cruzar al otro lado para reunirse con sus familiares. Sin embargo, durante 2005 han sido muy pocas las personas que han logrado hacerlo legalmente debido, principalmente, al exhaustivo control indio sobre “quién, cómo, cuándo, por qué y por cuánto tiempo” cruza la LoC. Presionadas por el miedo a una mayor infiltración de terroristas, las autoridades indias entienden que flexibilizar la movilidad (principalmente desde la Cachemira pakistaní a la Cachemira india) es un proceso lento y gradual, postura que contrasta con la inmediatez que postula Pakistán, cuyos líderes también protestaron reiteradamente la construcción, por parte de India, de una valla a lo largo de la LoC.

Finalmente, otro tipo de contacto muy distinto fue el propiciado por la visita de 600.000 turistas extranjeros a Cachemira a lo largo de 2005; una cifra récord en la última década que apuntaló las perspectivas de recuperación económica de la región en un contexto de paz relativa. Seguramente, muchos de estos viajeros se toparon en Srinagar con un guía local o un remero de *shikara* (una piragua típica del lugar) que les repetía que aquello no era India. Sin

embargo, si a continuación el viajero interpelaba al personaje en cuestión sobre si quería que aquello fuera Pakistán, la respuesta posiblemente también sería casi siempre negativa. Sobre esto tratan las siguientes páginas.

Seis décadas de rivalidad (y tres puntos de partida)

El primer punto de partida y origen del conflicto entre India y Pakistán lo encontramos en el nacimiento mismo de los dos países como Estados en 1947 a través de una partición traumática del territorio, la gente y los recursos que costó la vida a centenares de miles de personas y el desplazamiento de otros doce millones hacia un lado u otro de la frontera. La partición significó el desenlace de una división, cuidadosamente alimentada por el poder colonial, que dejaba atrás un territorio por el que pugnarían las élites que se enfrentaban por el poder y la autoridad, representadas por el Partido del Congreso Indio y la Liga Musulmana de Jinnah. En este contexto, Cachemira iba a emerger rápidamente como la oportunidad de definir en términos de identidades enfrentadas los dos nuevos Estados. De esta manera, la integración de la mayor parte de Cachemira, de mayoría musulmana, a la República India se convirtió en la bandera del Estado-nación indio secular mientras que el discurso pakistaní describió al Estado indio como opresor de la población musulmana, se nombró a sí mismo defensor de los hermanos amenazados en Cachemira y en el resto de India y reforzó la idea de Pakistán como tierra para ellos. Las tres guerras que los dos países libraron (1947, 1965, 1971), además de la pertenencia a bloques distintos durante la Guerra Fría y de un nuevo enfrentamiento 1999 (a parte de cinco graves crisis militares entre 1984 y 2002) transformaron Cachemira en la arena simbólica donde las identidades nacionales se definían y contraponían, homologando la construcción del "otro" en términos antagónicos y convirtiendo, para siempre, la desconfianza mutua como factor psicológico preponderante en las relaciones bilaterales.

De la insurgencia a la "militancia"

A finales de los ochenta India y Pakistán promovieron con su guerra sucia el crecimiento y radicalización política de la identidad cachemir. Se abrió así una nueva fase de violencia, odio y destrucción desconocida hasta el momento que causó 40.000 muertos en los siguientes 10 años, muchos más de los provocados por las guerras "oficiales" entre India y Pakistán. Esta nueva etapa es conocida como "la insurgencia" y hunde sus raíces en una coyuntura explosiva que combina tres factores claves. En primer lugar, las prácticas autoritarias de Indira Gandhi en Cachemira (y proseguidas por su hijo Rajiv) que aniquilaron la mínima confianza de

muchos cachemires hacia la estructura federal de la Unión India. La incapacidad de Delhi de gestionar las demandas de carácter autonomista en una época de declive de viejas instituciones nacionales como el Congreso y de debilitación de las estructuras federales del Estado, desembocaron en una profunda alienación de la juventud del valle de Cachemira. Más decisiva resultó la renuncia a la agenda pro-autonomía del principal partido político en Cachemira, la Conferencia Nacional y su alianza con el Congreso para asegurarse su cuota de poder. Esto generó una grave crisis de representación e introdujo una nueva retórica dicotómica que segregaba lo indio de lo cachemir y el traidor del fiel. Privados de espacios y canales para defender sus reivindicaciones legítimas, ahora ya plenamente independentistas, muchos jóvenes empezaron a cruzar la frontera hacia Pakistán y retornaron con fusiles de asalto.

El segundo factor determinante en el nacimiento de la insurgencia fue, precisamente, la inclinación pakistaní por el conflicto de baja intensidad (una vez constatada la inferioridad militar convencional). La táctica de desgaste había resultado fructífera en el Punjab indio y también empezó a funcionar en Cachemira, con el apoyo logístico de Zia ul-Haq al Jammu and Kashmir Liberation Front (JKLF), un movimiento independentista secular, pionero en el uso de las armas y la actividad guerrillera y que tenía cada vez más el potencial de convertirse en un agente político reconocido cuyo objetivo primordial era luchar por la independencia de la totalidad de la región de Cachemira, incluida la parte controlada por Pakistán.

En 1990 y como respuesta a esta amenaza potencial, entra en escena el tercer elemento coyuntural responsable del cambio contextual en Cachemira durante los noventa, materializado en la actividad de los Inter-Services Intelligence (ISI), una de las agencias de inteligencia pakistaníes, cuya influencia no dejará de aumentar. Los ISI crean rápidamente los Hizb-ul Mujahideen, grupo armado más próximo a la consigna de adhesión a Pakistán, al mismo tiempo que retiraran el apoyo al JKLF (más tarde también se encargarán de perseguir y asesinar a sus miembros). De este modo, de la violencia política inicial del JKLF en su lucha por el Kashmiriyat secular, se pasará a la de raíz islamista de los grupos germinados en Pakistán que se nutren de militantes mayoritariamente pakistaníes y afganos, pero también de otros rincones del mundo islámico.

En la segunda mitad de los noventa la insurgencia como movimiento de desobediencia civil masivo llegará a su fin y será reemplazada, definitivamente, por la fase de violencia terrorista cuya redenominación como "militancia" perdura aún hoy. Una mayor efectividad de la inteligencia india y la mejor preparación de las fuerza paramilitares desplegadas por Delhi en la región, abandonando la excesiva facilidad

para apretar el gatillo al mínimo atisbo de peligro, les harán recobrar algo de la credibilidad perdida frente a los cachemires a finales de los ochenta y principios de los noventa. Además, la degeneración de la violencia de los “militantes”, introduciendo los atentados suicidas de los comandos *fedaiyines* que también fustigarán a la población civil, las guerras entre facciones (en ocasiones relacionadas con el control del tráfico de estupefacientes) y algunos secuestros y asesinatos de turistas extranjeros que acabarán siendo una fuente esencial de ingresos, distanciará la población de los terroristas sin resolver, no obstante, el problema de su alienación política con India.

La era Musharraf

Con la llegada al poder del general Pervez Musharraf en 1999 comienza una nueva etapa en las relaciones indo-pakistanies marcada principalmente por la amenaza nuclear, la fijación de Musharraf por el agua de Cachemira y, a partir de 2001, por la dialéctica de la guerra norteamericana contra el terrorismo que, a pesar de haber aumentado la infiltración de “militantes” desde Pakistán al otro lado de la frontera, fortalecerá al líder pakistaní frente a India.

En la primavera de 1999, poco después de acceder a la comandancia de las fuerzas armadas, Musharraf mandó al ejército cruzar la Línea de Control (LoC) cerca de Kargil, maniobra que instigó la cuarta guerra entre India y Pakistán cuyos gobiernos se habían retado militarmente un año antes con la explosión controlada de varias bombas atómicas a uno y otro lado del desierto del Thar. La contienda le sirvió a Musharraf para comprobar que aquello de la disuasión nuclear, de momento, funcionaba, puesto que la respuesta india fue concienzudamente mesurada, evitando movimientos como abrir nuevos frentes lejos de la zona de infiltración o bombardear posiciones pakistanies más allá de la LoC que pudieran degenerar en una escalada militar descontrolada. Para Musharraf, cualquier entendimiento con India pasaba, forzosamente, por renegociar Cachemira; condición que, a día de hoy, no ha variado ni un ápice. En este sentido, la intervención diplomática norteamericana en el fin de la guerra de Kargil, con reprimenda incluida a Pakistán y un reconocimiento tácito al ejercicio de contención indio, contrarió enormemente a Musharraf, que vio como las insistencias pakistanies de conferir una dimensión política a su agresión militar para provocar una nueva negociación bilateral sobre el *status quo* territorial de Cachemira, eran ignoradas. Islamabad optó entonces por dejar que la maquinaria de la yihad en Pakistán elevara a un nivel extre-

mo la guerra de baja intensidad contra India, y la infiltración de terroristas a Jammu y Cachemira se intensificó de manera exponencial. Entre el 2000 y el 2001 murieron en la región 7.000 personas contando civiles, miembros de las fuerzas de seguridad indias y los propios militantes. Además, se multiplicaron las atrocidades contra la población no musulmana y se desveló un nuevo patrón de terrorismo mediático diseñado para atraer la atención internacional hacia la región inaugurado con el secuestro de un avión comercial indio en diciembre de 1999. El incidente del Indian Airlines IC-814 fue decisivo por varios motivos. Gestado en Bangladesh y perpetrado en Nepal (con el apoyo de los ISI según la inteligencia india), el golpe reafirmó las sospechas de Delhi de que elementos “anti-India” respaldados por Pakistán (en el lenguaje oficial indio) operaban con facilidad en ambos países, ampliando los flancos que merman la seguridad nacional. Asimismo, el final dialogado a la crisis (que mostró a los ojos de Pakistán y de muchos en Delhi un Estado indio vulnerable) implicó la salida de prisión de Maulana Masood Azhar, líder entonces de los Harkat-ul-Mujahideen, quien a su llegada a Pakistán, fue recibido como un héroe en algunos lugares del país para después pasar de nuevo a la clandestinidad y fundar un nuevo grupo terrorista, *los Jaish-e-Mohammad*, que a partir de entonces y juntamente con los ignominiosos Lashkar-e-Taiba (que ya habían alcanzado renombre en el subcontinente acompañando a los soldados pakistanies en la aventura de Kargil), causarían verdaderos estragos en India. A estos dos grupos se achaca las “incursiones mediáticas” en el Fuerte Rojo de Delhi en el 2000 y el ataque al Parlamento indio en diciembre de 2001, ambos símbolos políticos de la nación india. Este último asalto terrorista precedido, dos meses antes, por uno de factura similar a la asamblea legislativa de Jammu y Cachemira (símbolo de la integración política del territorio a la Unión India) colmó el vaso de la paciencia india, que reaccionó con la movilización del grueso de sus fuerzas armadas, la llamada “Operación Parakram”, a lo largo de la frontera (movimiento a su vez imitado por Pakistán) que duró ocho meses. India amenazaba con atacar si Pakistán no frenaba la infiltración y le extraditaba 20 líderes terroristas como prueba de un compromiso firme al respecto. Musharraf apenas realizó unos cuantos gestos irrelevantes presionado por EEUU que lograron convencer a Washington (muy interesada en dejarse vencer) pero que no consiguieron apaciguar los ánimos indios; sabedor de que el escenario internacional post-11-S le había convertido en una pieza clave de la campaña norteamericana en Afganistán, Musharraf comprendió que tenía el mango de la sartén a pocos centímetros. Como sostiene el eminente experto en la materia Ashley Tellis, Musharraf adoptaría una

“ En la segunda mitad de los noventa la insurgencia como movimiento de desobediencia civil masivo llegará a su fin y será reemplazada, definitivamente, por la fase de violencia terrorista cuya redenominación como ‘militancia’ perdura aún hoy.”

terrorismo mediático diseñado para atraer la atención internacional hacia la región inaugurado con el secuestro de un avión comercial indio en diciembre de 1999. El incidente del Indian Airlines IC-814 fue decisivo por varios motivos. Gestado en Bangladesh y perpetrado en Nepal (con el apoyo de los ISI según la inteligencia india), el golpe reafirmó las sospechas de Delhi de que elementos “anti-India” respaldados por Pakistán (en el lenguaje oficial indio) operaban con facilidad en ambos países, ampliando los flancos que merman la seguridad nacional. Asimismo, el final dialogado a la crisis (que mostró a los ojos de Pakistán y de muchos en Delhi un Estado indio vulnerable) implicó la salida de prisión de Maulana Masood Azhar, líder entonces de los Harkat-ul-Mujahideen, quien a su llegada a Pakistán, fue recibido como un héroe en algunos lugares del país para después pasar de nuevo a la clandestinidad y fundar un nuevo grupo terrorista, *los Jaish-e-Mohammad*, que a partir de entonces y juntamente con los ignominiosos Lashkar-e-Taiba (que ya habían alcanzado renombre en el subcontinente acompañando a los soldados pakistanies en la aventura de Kargil), causarían verdaderos estragos en India. A estos dos grupos se achaca las “incursiones mediáticas” en el Fuerte Rojo de Delhi en el 2000 y el ataque al Parlamento indio en diciembre de 2001, ambos símbolos políticos de la nación india. Este último asalto terrorista precedido, dos meses antes, por uno de factura similar a la asamblea legislativa de Jammu y Cachemira (símbolo de la integración política del territorio a la Unión India) colmó el vaso de la paciencia india, que reaccionó con la movilización del grueso de sus fuerzas armadas, la llamada “Operación Parakram”, a lo largo de la frontera (movimiento a su vez imitado por Pakistán) que duró ocho meses. India amenazaba con atacar si Pakistán no frenaba la infiltración y le extraditaba 20 líderes terroristas como prueba de un compromiso firme al respecto. Musharraf apenas realizó unos cuantos gestos irrelevantes presionado por EEUU que lograron convencer a Washington (muy interesada en dejarse vencer) pero que no consiguieron apaciguar los ánimos indios; sabedor de que el escenario internacional post-11-S le había convertido en una pieza clave de la campaña norteamericana en Afganistán, Musharraf comprendió que tenía el mango de la sartén a pocos centímetros. Como sostiene el eminente experto en la materia Ashley Tellis, Musharraf adoptaría una

estrategia tácticamente brillante de modular la participación pakistaní en el terrorismo dependiendo de la intensidad de la presión internacional, pero sin abandonar jamás el terrorismo como un instrumento de la política de Estado. Un planteamiento rediseñado en la actualidad que combina la contundencia pakistaní en Waziristán (región fronteriza con Afganistán) y su firmeza en la lucha contra Al Qaeda, con la incorregible laxidad en el frente de Cachemira.

La crisis finalizaría en julio de 2002 (superando un mes de junio crítico en el que resonaron fuertemente los tambores de guerra) sin que la estrategia india lograra sus objetivos. La diplomacia coercitiva de Delhi había fracasado, básicamente porque preocupado con sus intereses a corto plazo Bush hizo la vista gorda con Pakistán.

En marzo de 2003 la mitad de los habitantes de una pequeña aldea de Jammu, todos hindúes, eran masacrados. Al cabo de pocas semanas, Vajpayee realizaba los primeros pasos hacia la distensión con Musharraf. El temor a un holocausto nuclear y los 1,2 billones de euros que costó la Operación Parakram y las decenas de miles de desplazados eran motivos suficientes para que India descartara la amenaza de la confrontación como estrategia para combatir un incesante terrorismo de origen pakistaní. De esta manera, transcurridos cuatro años de su llegada al poder, Musharraf se encontraba con que, después de tres décadas, India accedía, aunque de forma implícita, a hablar nuevamente sobre Cachemira. Eso sí, gracias, sobre todo, al inesperado golpe de mano de Bin Laden.

El agua

La actual postura del liderazgo pakistaní hacia Cachemira está en gran parte dirigida a tener un mayor control sobre los ríos que fluyen desde la región hacia Pakistán. De hecho, una desenlace favorable en este sentido, que implicaría una modificación sensible del actual *status quo* fronterizo independientemente de la fórmula consensuada para reorganizar el territorio, abriría las puertas a la paz desde la perspectiva de la élite militar pakistaní (otra cosa sería su capacidad de persuadir a todos los grupúsculos terroristas que atentan en India con base en suelo propio). A nivel oficial, sin embargo, sorprenden las escasas referencias a la centralidad del agua desde que se retomó el diálogo de paz en 2003, ambigüedad que desde India se interpreta como una táctica pakistaní para no desviarse del que ha sido su discurso oficial durante los últimos sesenta años, articulado sobre la teórica injusticia india hacia la mayoría musulmana

de Jammu y Cachemira. Sin embargo, diversos *think tanks* y medios de comunicación indios se han hecho eco durante 2005 de la existencia de una agenda oculta pakistaní, en la que el agua jugaría un papel esencial. La centralidad del tema no es una sorpresa, si tenemos en cuenta que la creciente escasez y contaminación del agua constituye una

“Con la llegada al poder del general Pervez Musharraf en 1999, comienza una nueva etapa en las relaciones indo-pakistaníes marcada principalmente por la amenaza nuclear, la fijación de Musharraf por el agua de Cachemira y, a partir de 2001, por la dialéctica de la guerra norteamericana contra el terrorismo”

grave amenaza para la subsistencia de Pakistán cuya economía, predominantemente agrícola, depende en gran medida de una óptima irrigación del campo. De hecho, el país podría padecer en pocos años crisis insostenibles en la producción de algodón y cereales, fuente principal de exportación

en el primer caso y cosecha básica para prevenir la inanición de la mayoría de sus habitantes en el segundo. Sin obviar que la falta de agua se debe fundamentalmente a la continuada disminución del flujo de los ríos de la cuenca del Indo, la gestión ineficaz de los recursos hídricos por parte de las autoridades ha empeorado la situación.

Cachemira desde dentro

Un error de apreciación frecuente al tratar el conflicto de Cachemira es la tendencia a referirse a la “tercera parte implicada” como una entidad políticamente homogénea (muy a menudo, la “tercera parte” es directamente omitida, como le sucedió a Bush mientras preparaba su reciente gira por el subcontinente). En realidad es todo lo contrario; la pluralidad de voces dentro del territorio en litigio oscurece aún más si cabe las perspectivas de una salida dialogada al conflicto. ¿Cuando el primer ministro pakistaní, Shaukat Aziz, exige un diálogo a tres bandas, en qué interlocutor piensa para Cachemira? ¿E India, que en los últimos meses se ha visto obligada a incluir en su discurso oficial una referencia muy matizada a la “tercera parte”? El reto de incorporar una “tercera parte” representativa se intuye aún más enrevesado en el momento en que Musharraf determina que el primer paso hacia la cesión de autogobierno a Cachemira, su actual *mantra*, es identificar los territorios que conforman la región en disputa. Empecemos, pues, por este punto. Del territorio original de 222.000 km² –más grande que Nepal y Bhután juntos– las porciones al noreste bajo soberanía china y oficialmente no reconocidas por India (una parte anexionada militarmente a finales de los cincuenta y otra parte cedida unilateralmente por Pakistán en 1963) permanecen fuera del diálogo indo-pakistaní; son la sustancia de una negociación paralela entre India y China, aunque solamente segmentos marginales de la élite nacionalista de Delhi siguen cobijando esperanzas de modificar el *status quo* actual.

En segundo lugar, el territorio en el costado pakistaní de la Línea de Control (LoC) se divide en dos regiones. Gilgit-Baltistán, también conocida como “Áreas del Norte”, comprende una población muy diseminada sobre el terreno y mayoritariamente chií (aunque la proporción se ha visto reducida sustancialmente en los últimos 50 años con la llegada masiva de musulmanes suníes provenientes de otras zonas de Pakistán) cuyo encaje administrativo en la maquinaria estatal de Pakistán permanece en el limbo; desatención que ha fomentado la alienación de la comunidad chií respecto a Islamabad y que ha dado paso a revueltas cíclicas desde finales de los ochenta. La otra región de lo que India denomina la Cachemira Ocupada por Pakistán (POK) es la estrecha franja occidental de Azad Kashmir (“Cachemira Libre”) llamada así por Pakistán. Con capital en Muzzafarabad, la Azad Cachemira es una región que las autoridades pakistaníes, en un alarde de teórica coherencia, definen como independiente, aunque en la práctica su control político es sustentado por el ministerio de Asuntos de Cachemira de Islamabad. Suní en su totalidad, su inclinación por Pakistán no ha variado desde que en 1947 la revuelta pashtún contra el maharajá hindú de Cachemira, Hari Singh, cuajó en la zona y sus gentes, influenciadas por el líder local pro-pakistaní Yusuf Shah, militaron en el rechazo a India. Sin embargo, al no ser considerada una provincia más de Pakistán, la Azad Cachemira se ha visto tradicionalmente privada de beneficios en forma de asignaciones de recursos básicos para el desarrollo de la región. Unas inversiones que en los últimos dos años sí que han llegado para contener las protestas de la población local en contra del proyecto de Musharraf para incrementar la explotación de la polémica presa de Mangla cerca de Mirpur, al sur de la región, ya que la operación supone el desplazamiento de decenas de miles de personas. El embalse de Mangla genera el 20% de la energía hidroeléctrica de Pakistán y llena los canales de irrigación del Punjab sin que los habitantes de su alrededor obtengan apenas ningún rédito a cambio. En esta línea, la lenta e insuficiente respuesta inicial del régimen al terremoto de octubre de 2005 agudizó la sensación de desamparo de la población respecto a Islamabad. De hecho, el terremoto significó una ocasión de oro para que organizaciones fundamentalistas como la Jamaat-Ud Dawa (estrechamente vinculada a los temibles Lashkar-e Taiba) expandieran su influencia en algunas zonas de Azad Cachemira, suministrando el agua, los alimentos, las mantas y las medicinas que no llegaban desde los canales oficiales.

¿Pero quiere realmente India recuperar la Cachemira Ocupada por Pakistán (POK)? Aunque la Constitución india con-

tiene una cláusula que exige la devolución del territorio, la Asamblea Legislativa del estado indio de Jammu y Cachemira reserva, simbólicamente, 24 escaños para el POK y los mapas indios oficiales muestran la integración del mismo a la Unión, el único interés indio hacia el POK –la preocupación expresada por el gobierno ocasionalmente respecto a la represión de las fuerzas paramilitares pakistaníes sobre los

“ Un error de apreciación frecuente al tratar el conflicto de Cachemira es la tendencia a referirse a la “tercera parte implicada” como una entidad políticamente homogénea (...) En realidad es todo lo contrario; la pluralidad de voces dentro del territorio en litigio oscurece aún más si cabe la perspectiva de una salida dialogada al conflicto.”

estudiantes chiíes de Gilgit constituye, más que nada, una arma de presión táctica– es el desmantelamiento de los centenarios de campos de entrenamiento de terroristas presentes en Azad Cachemira, cuyo bombardeo estilo *blitzkrieg* se ha planteado más de una vez en Nueva Delhi. Se trata de una

impresionante infraestructura logística que quedó parcialmente dañada con el terremoto de otoño de 2005 y que perjudicó, indirectamente, la tarea de los equipos de emergencia internacionales con las obstrucciones de Islamabad en facilitar el acceso en algunas zonas concretas para impedir, precisamente, que algunos campos quedaran al descubierto.

India no ambiciona poseer el territorio que controla Pakistán; enseñó sus cartas ya hace tiempo y su plan de paz pasa por convertir la LoC en una frontera internacional, cuyo mayor o menor grado de “porosidad” dependerá de la erradicación o persistencia de la infiltración de “militantes” en su territorio, pero sin abandonar jamás el control militar de las montañas de Cachemira ya que, como explica el profesor Stephen P. Cohen, de lo contrario, el norte del país (sobre todo las económicamente importantes regiones de Punjab y Haryana o hasta la misma capital Delhi) quedarían demasiado expuestas a una hipotética invasión foránea.

Para Pakistán, sin embargo, el precio de la estabilidad definitiva es lo contrario, que India deje de administrar la totalidad o parte de la Cachemira que ocupa desde hace seis décadas y que en su lugar emerja una nueva entidad política semisoberana que permita a Islamabad reconfigurar la relación de poderes a su favor, para gozar, en la práctica, de una mayor influencia sobre las zonas concretas que encierran sus codiciados recursos hídricos.

Jammu y Cachemira

La postura oficial india defiende que desde una perspectiva legal la integración de Jammu y Cachemira a la República queda fuera de cualquier discusión desde el momento mismo de la partición, en 1947. Sin embargo, desde entonces todas las identidades culturales se han transformado o

fragmentado en marcadas identidades políticas que se despliegan por las diversas regiones del estado y cuyos intereses se entrecruzan en un contexto de relación asentado en discursos de dominio y hegemonía.

Ladakh es la región más vasta pero también la menos poblada. Estratégicamente muy importante para India, casi la mitad de su población es budista, con evidentes lazos geográficos y culturales con Tíbet, aunque también contiene un número sustancial de chiíes, sobre todo en la zona de Kargil y que, según el último censo, podrían haber revertido la tradicional mayoría budista en Ladakh; una coexistencia a veces complicada como demuestran los graves enfrentamientos entre las dos comunidades en febrero de 2006 y que amainaron solamente después de la intervención del ejército. Desde 1993 goza de un considerable grado de autonomía política y administrativa en el seno del estado de Jammu y Cachemira; aunque esta reforma aplacó temporalmente sus reivindicaciones, Ladakh continúa queriendo ser designada Territorio de la Unión y ser administrada directamente desde Delhi. Cualquier idea que pase por reforzar la relación política con la mayoría suní de Jammu y Cachemira será desechada frontalmente en Ladakh. Pero la médula de la Cachemira más intratable, cuyo laberinto parece inescrutable desde fuera, aflora en la región de Jammu, con 4 millones de habitantes, y, por encima de todo, en el Valle de Cachemira, con 4 millones y medio (ambos territorios suman el 95% de la población del estado).

El Valle

La inmensa mayoría del Valle es étnica y lingüísticamente cachemir y confesionalmente suní aunque con una larga tradición de sufismo popular que en los últimos años ha sufrido las embestidas de diferentes movimientos políticos y sociales de base fletados desde Pakistán que buscan imponer versiones ideológicas menos tolerantes del islam (wahabismo e interpretaciones fundamentalistas del deobandismo) y que ciertamente han penetrado en segmentos, aún minoritarios, de la población. La organización islamista femenina Dukhtaraan-e-Millat, por ejemplo, organiza manifestaciones a favor del burkha o en contra de los salones de belleza (cuya permanencia a pesar de las amenazas es alabada en rotativos líderes indios como símbolo de la resistencia frente a la ortodoxia de los extremistas), lo que ilustra esta estrategia de querer transformar la identidad cultural del Valle como complemento a la acción de los grupos terroristas pro-pakistanies. Sin embargo, es importante recordar que la alienación del Valle como origen del conflicto actual es anterior a la interferencia masiva pakistani, y que la insurgencia original que le siguió tuvo un carácter exclusivamente étnico y no religioso, ya que la mayoría de musulmanes de Jammu (suman un 30% de su población) que,

exceptuando los del distrito de Doda, no son étnicamente cachemires ni hablan cachemir, no se adhirieron a la convulsión independentista del Valle. Posteriormente, la insurgencia sí que tomó un cariz sectario con la huida masiva de la comunidad de brahmanes pandits de sus hogares ancestrales en el Valle hacia Jammu y otros enclaves del norte de India (solamente quedan unos 5.000 en el Valle). La actual situación como refugiados de los pandits de Cachemira, una de las castas más respetadas de India (Jawaharlal Nehru pertenecía a dicha comunidad), constituye otra obstrucción en la búsqueda de la paz, ya que muchos de ellos participan del movimiento Panun Kashmir (“Nuestra Propia Cachemira”) que, con una agenda política de máximos, exige la restitución del territorio y privilegios perdidos en el Valle en un nuevo contexto exclusivo de autonomía política (aunque algunas decenas de pandits, muchos de ellos jóvenes que quieren alistarse al ejército para salir de la miseria, retornaron al Valle durante 2005 de la mano, curiosamente, de una activista musulmana).

Sin embargo, la mayoría del Valle parece, por ahora, irreconciliable con la idea de India. Aislada geográficamente de Jammu y del resto de India por las montañas Pir Panjal su alienación política es lo que más debe preocupar en Delhi. Un sintoma claro de la misma es el persistente rechazo al proceso democrático, una de las principales señas de identidad del Estado indio. Las últimas elecciones a la asamblea legislativa de Jammu y Cachemira en el 2002, descritas en India como una “victoria del voto sobre la bala”, no superaron el 11% de participación en Srinagar; en el resto del Valle, poquitas circunscripciones llegaron al 20%. Indudablemente, el boicot a los sufragios promulgado por los sectores separatistas, hacen del derecho a votar un ejercicio que se puede pagar con la vida. Sin embargo, achacar el fracaso de la urnas únicamente a las amenazas y violencia de los militantes (como se tiende a confabular desde Delhi) es una calculada reducción que busca rehuir la propia responsabilidad india en hacer de su democracia la otra cara de la moneda del desengaño y frustración cachemir. Pakistán puso las pistolas, pero India había puesto la alienación antes.

La organización responsable de la movillización política del Valle es la All Parties Hurriyat Conference (APHC), una asociación de 26 agrupaciones de índole variada fundada en 1993 como una heterogénea amalgama de los diferentes puntos de vista de la sociedad civil cachemir. Aunque funcionó más o menos unida durante 10 años, las notorias contradicciones internas y las insalvables diferencias de opinión en el seno de la entidad (su afiliación comprendía propakistanies, independentistas, fundamentalistas, musulmanes liberales, seculares, etc.) estallaron en 2003 con la escisión en dos grupos, extremistas y moderados, cuyas divergencias se han acentuado desde que comenzó el proceso

de paz. Los extremistas están encabezados por Syed Ali Shah Geelani y sus principios ideológicos se basan en la religión y en describir el conflicto como una lucha religiosa; los grupos pro-pakistanies fieles a la idea del “país de los puros”, se han mostrado, tradicionalmente, contrarios al diálogo con India hasta que Delhi no declare Cachemira territorio en litigio y retire sus fuerzas armadas. Geelani, que es el líder en Cachemira de la Jamaat-e-Islami, el movimiento islámico más fuertemente implantado en Pakistán, se ha erigido desde siempre como el representante político de los militantes que atentan en Cachemira. Defensor de la implementación de las resoluciones de la ONU, que contemplan la autodeterminación de los cachemires pero no la opción de la independencia, Geelani podría variar su postura presionado por el jefe de los Hizb-ul Mujahideen, Syed Salahuddin (con quien tiene línea directa), que en los últimos meses ha sustituido las referencias al plebiscito por la palabra independencia en un movimiento táctico para reforzar la noción de autogobierno difundida por Musharraf; una noción que no deja de ser, como ya hemos visto, un eufemismo del objetivo real pakistaní: una mayor presencia, directa o indirecta, en la región.

En el otro extremo encontramos a los moderados, que siguen la estela del carismático líder separatista Abdul Ghani Lone, asesinado en 2002 en plena crisis Indo-pakistaní, por haber anunciado, precisamente, su intención de dialogar con India. Capitanada actualmente por Mirwaiz Umar Farooq, esta facción aglutina alrededor de un compromiso inequívoco por la independencia desde religiosos moderados, como el propio Umar Farooq, hasta teóricos seculares como Yassin Malik del refundado JKLF, pasando por los nacionalistas liberales de la popular Conferencia del Pueblo, a la que Ghani Lone pertenecía. Su cambio de postura respecto a la legitimidad de la violencia les llevó a distanciarse de los extremistas, y existen serios indicios que en los últimos años se han alzado voces en el seno de la facción para refrendar su autoproclamada preeminencia en el Valle por medio de las elecciones en el estado de Jammu y Cachemira (extremistas y moderados exigen a India ser reconocidos como los únicos representantes de los cachemires). De nuevo, no obstante, las diferencias emergen entre los moderados más destacados al plantear el futuro desarrollo del proceso de paz y la aproximación a India, con cuyo primer ministro, Manmohan Singh, se han reunido individualmente en los últimos meses. Mientras que Malik defiende la inclusión de los grupos armados en unas conversaciones multilaterales, la Conferencia del Pueblo (comandada por el hermano de Abdul Ghani Lone, Bilal) opta por encuentros bilaterales entre Manmohan Singh y cada una de las organizaciones separatistas. La realidad es que India sigue sin fiarse de Malik (que durante la histórica visita de la Conferencia Hurriyat a Pakistán en Junio de 2005 fue muy bien recibido tanto por la gente de Azad Ca-

chemira como por el general Musharraf, y cuyo JKLF dista bastante del JKLF de los ochenta) y de Mirwaiz Umar Farooq, que decepcionó a Delhi boicoteando, con los extremistas, la mesa redonda que Manmohan Singh organizó en febrero de 2006 en la que era la primera iniciativa para sentar conjuntamente todas las partes implicadas en la Jammu y Cachemira india. La mesa redonda fue contestada con una demostración de fuerza de Geelani en el Valle, paralizando una ciudad de casi un millón de habitantes como Srinagar con tres días de huelga y manifestaciones en contra de las conversaciones y en protesta por la muerte de cuatro chicos por disparos indios en un fuego cruzado con “militantes”. El tipo de exceso de las fuerzas de seguridad que contribuye a cimentar el rechazo del Valle hacia India y que es instrumentalizado por la mayoría de la Conferencia Hurriyat para legitimar sus imposiciones acerca del diálogo, como por ejemplo la condición de tener un trato preferencial respecto a los partidos políticos que sí participan en el proceso democrático de Jammu y Cachemira; un cambio de paradigma que India se niega a contemplar por razones obvias: de todos los partidos en el parlamento regional, solo hay uno, el Partido Democrático del Pueblo (PDP), revelación en las últimas elecciones y actual socio de gobierno del Partido del Congreso, que se plantee la opción del autogobierno. El otro gran partido en Jammu y Cachemira, la Conferencia Nacional (NC), el más votado y el único que tiene presencia en las tres regiones del estado, aboga por la restitución de la autonomía perdida. Los tres juntos, el Congreso, el PDP y la Conferencia Nacional, suman el 75% de los escaños en la asamblea del estado; sin embargo, todos los del PDP y la mayoría de los de la Conferencia Nacional provienen del Valle, donde el Congreso apenas ostenta un apoyo insignificante, con lo que a Delhi le conviene seguir cultivando a los dos para mantener algún tipo de conexión con la realidad política del Valle. Asimismo, los vínculos de miembros con cargo oficial del PDP, el Congreso y la Conferencia Nacional con algunos “militantes” (en un caso, las pesquisas policiales llegaron a conducir hasta el actual ministro de Agricultura del estado) que han sido revelados durante los últimos tres años y que en una ocasión involucraban a concejales (posteriormente detenidos o fugados) con la preparación de ataques suicidas, les sirve a unos cuantos en Delhi (y preocupa a muchos otros) para recordar que la divisoria que separa lo “sano” de lo “envenenado” es, a veces, un frágil y borroso hilo en el Valle.

Jammu

Conectada al resto de India por tren, Jammu alberga la capital de invierno del Estado. La región presenta un dibujo identitario y de problemáticas distinto al del Valle, producto de su mosaico de grupos étnicos, religiosos, lingüísticos y de casta; aunque no exenta de competencia política, tensiones

sectarias potenciales y sin resistir completamente inmune a la insurrección del Valle, Jammu permaneció en los noventa (a excepción del distrito de Doda de mayoría cachemir) relativamente tranquila en comparación a la situación más al norte. Y así continúa en las llanuras al sur de la región alrededor de la ciudad de Jammu, de aplastante mayoría hindú donde, no obstante, en la última década ha tomado empuje el sentimiento a favor de una separación política y administrativa respecto del Valle. Es una demanda pacífica que emana del malestar local por la teórica atención preferente que Delhi concede al Valle (sobrerrepresentación en la Asamblea Legislativa, mayores asignaciones presupuestarias, etc.) y de carácter transversal, ya que aunque articulada, básicamente, por el movimiento chovinista Dogra del Jammu Mukti Morcha y defendida en las urnas por el regional Partido de las Panteras (JKNPP), también engloba a sectores de otros partidos de carácter pan-indio como el Congreso o el BJP entre otros, mayoritarios en Jammu.

Esta aparente normalidad en comparación al Valle se ha visto sacudida en los últimos años en otras zonas de la región. Cabe precisar que aunque en Jammu habitan dos hindúes para cada musulmán suní, esta proporción prácticamente se invierte en algunos distritos como Doda, ya mencionado, Punch y Rajauri; sin embargo, las tres ciudades que dan nombre a los distritos, son de mayoría hindú y sikh, con lo que el dominio económico y administrativo de los distritos recae en individuos de estos dos grupos. La peculiaridad de los distritos de Punch y Rajauri, contiguos a la Azad Cachemira, y que durante el lustro anterior al proceso de paz se transformó en un foco recurrente de infiltración desde el otro lado de la Línea de Control (sus bosques frondosos y montañas son ideales para las tácticas de guerrilla), radica en que su población musulmana no es étnicamente cachemir, pero tampoco constituye un grupo que pueda ser definido monolíticamente. Los gujjar, una comunidad nómada, tradicionalmente pastoril, bastante deprimida económica y socialmente, son en muchas partes de Punch y Rajauri el mayor grupo étnico. Desde 1998, algunos de sus jóvenes han sido captados por los "militantes" para sumarse a los *yihadistas*. En cualquier caso, la mayor actividad terrorista en la zona acarrió un aumento de efectivos militares indios y la creación, por parte del gobierno, de los Comités de Defensa de los Pueblos (VDC), milicias de auto-defensa pobremente armadas formadas mayoritariamente por los hindúes que habitan en las aldeas de Punch y Rajauri (aunque también se constituyeron VDCs en muchas aldeas de gujjars ya que, considerados herejes, también eran objetivo de los islamistas). Desde entonces, el clima enrarecido por la presencia de militares y terroristas en los pueblos de

“Las tres ciudades que dan nombre a los distritos [de Jammu], son de mayoría hindú y sikh, con lo que el dominio económico y administrativo de los distritos recae en individuos de estos dos grupos.”

la región ha alterado negativamente la percepción mutua entre hindúes y musulmanes, agudizando el malvivir de ambas comunidades, muy fustigadas ya por las penurias económicas que sufren.

Por otra parte, India debe solucionar la inaceptable situación de más de 100.000 refugiados hindúes, la mayoría intocables, que entre 1947 y 1972 emigraron al sur de Jammu desde varias partes del Punjab y la Cachemira pakistani, y a quienes todavía hoy se les deniega el derecho de ciudadanía del estado Jammu y Cachemira, lo que conlleva no poder votar, no poder trabajar para la administración o no poder comprar tierras, entre otras discriminaciones degradantes.

Reflexiones finales

El proceso de paz iniciado en 2004 como dispositivo de buenas intenciones, marco experimental de relación y mecanismo básico de gestión de conflicto (*conflict management*) está en crisis. Los dos años de charlas técnicas y Medidas de Creación de Confianza no han tenido el alcance decisivo pronosticado, y superar el *impasse* actual pasa, forzosamente, por la toma de decisiones políticas; públicas o secretas. El liderazgo indio, sin embargo, sabedor que, al fin y al cabo, la carta del territorio sigue siendo suya, parece aún partidario de mantener el cauce de la paciencia y optar por la contención pragmática (o sea, procurar mencionar lo menos lo posible la palabra Pakistán) al tratar el salto cualitativo del terrorismo que sufre el país, que en los últimos meses ha testimoniado la aparición de un nuevo patrón de atentados selectivos concebidos para desencadenar, de momento sin éxito, estallidos de violencia sectaria entre hindúes y musulmanes. De este modo, India seguirá exigiendo a Musharraf "tolerancia cero" frente a los militantes, para acabar conformándose con los avances que el líder pakistani le pueda ofrecer en la lucha contra el terrorismo (en este sentido, el proceso de paz es también una apuesta de Delhi para incorporar a Musharraf a un diálogo que, según el designio ideal indio, acabará por convencer al líder pakistani de los beneficios ilimitados de una fecunda relación económica entre ambos países).

Musharraf, por su parte, sigue comprobando semana tras semana que, en tanto que Pakistán siga siendo vital para EEUU en Afganistán y él sea percibido en Occidente como la válvula de seguridad en un feudo clave del genéricamente llamado terrorismo islámico, podrá negociar de igual a igual con Delhi. De esta manera, la muy comentada nueva centralidad de la potencia india en la escena política inter-

nacional o el cambio de paradigma político en el triángulo India-EEUU-Pakistán introducido por Clinton resultan, en realidad, irrelevantes en Cachemira, con lo que Musharraf puede seguir articulando una inviable hoja de ruta centrada en la revisión territorial.

A todo esto se le tiene que añadir, en primer lugar, el pésimo papel llevado a cabo por EEUU, único poder externo con una mínima capacidad de intervención en el proceso de paz que, obsesionado con satisfacer sus intereses geoestratégicos a corto plazo, pretende torpedear el proyecto del gasoducto Irán-Pakistán-India, uno de los pocos frentes de diálogo en que India y Pakistán parecen querer entenderse a toda costa; en segundo lugar, el reconocimiento de Cachemira como tercera parte es aún demasiado lánguido, discrepante en la observación de Delhi e Islamabad y poco fidedigno a la enmarañada realidad política de la región; y finalmente, el convulso panorama político dentro de Pakistán que, indudablemente, condiciona la actitud de Musharraf hacia India y Cachemira, puede exacerbarse a medida que se aproximen las elecciones previstas para 2007 y repercutir en la estabilidad actual.

Así pues, con ambas partes caminando por sendas divergentes, es difícil predecir como evolucionará el proceso de paz de un conflicto disputado en una lenta partida de ajedrez cuyo tablero se desdobra desde la bella Srinagar, pasando por Washington, Rawalpindi o Benarés, hasta Ginebra, de donde tiene que salir la decisión del Banco Mundial sobre el proyecto hidroeléctrico de Baglihar. No obstante, sí que podemos aventurarnos a afirmar que ya será todo un éxito si India y Pakistán consiguen celebrar conjuntamente en 2007, tal y como acordaron ambos gobiernos en 2005, el 150 aniversario del alzamiento de los cipayos. ¿Permitirá un presente que parece peleado con la reconciliación rememorar el mito del pasado fraterno?

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Dawn
www.dawn.com

GANGULY, Sumit & HAGERTY, Devin. *Fearful Symmetry: India-Pakistan Crises in the Shadow of Nuclear Weapons*. New Delhi: OUP, 2005.

Libro que repasa la relación conflictiva entre India y Pakistán a través de un estudio profundo de cada una de las guerras y crisis militares que han enfrentado a ambos Estados desde 1947. Son muy interesantes los análisis de la dimensión nuclear en la guerra de Kargil en 1999 y la crisis de 2001-2002.

KOHLI, Atul. Can Democracies accommodate ethnic nationalism? Rise and decline of self-determination movements in India. *Journal of Asian Studies*, 56, 1997. Artículo que analiza las causas del nacimiento de la insurgencia en el valle de Cachemira a finales de los ochenta. De suma relevancia es la crítica al papel que jugaron el Estado indio, el partido del Congreso y el partido de la Conferencia Nacional en el origen y la fase de preparación del terreno al posterior estallido de la violencia.

TELLIS, Ashley & HAQQANI, Husain. *India and Pakistan: is Peace Real this Time?*. Carnegie Endowment for International Peace, 2004.

<http://www.carnegieendowment.org/files/India-Pakistan.pdf>

Extenso diálogo entre Tellis y Haqqani celebrado justo después del inicio del proceso de paz en enero de 2004 cuyas observaciones y proyecciones sobre las dificultades para conseguir una paz duradera en la región siguen vigentes dos años y medio después. A destacar los análisis sobre Pakistán en clave de política interna.

The Indian Express
www.indianexpress.com